

## **JUEVES CUARTO DE CUARESMA**

### ORACIÓN INICIAL

Señor mío, Jesucristo,  
creo firmemente que estás aquí  
en estos pocos minutos de oración  
que empiezo ahora quiero pedirte y agradecerte.

PEDIRTE la gracia de darme más cuenta  
de que Tú vives, me escuchas y me amas;  
tanto, que has querido morir libremente por mí en la Cruz  
y renovar cada día en la Misa ese sacrificio.  
Pedirte, Señor, la gracia de que durante esta Cuaresma me  
convierta al amor.

Y AGRADECERTE con obras lo mucho que me amas:  
¡Tuyo soy, para Ti nací, que quieres Señor de mí!

TEXTO PARA MEDITAR Y ACTUAR  
(de José Pedro Manglano, sacerdote)

¡DIOS ES OJO!

Hay una anécdota de la vida de san Luis Gonzaga que se cita a menudo. Se dice que estaba jugando al billar con otros jóvenes jesuitas, cuando uno de ellos le preguntó; “Luis, si te dijeran que ha llegado tu hora, que te vas a

morir enseguida, ¿qué harías?”. Dicen que Luis respondió: Seguiría jugando”.

Quien vive en presencia de Dios, reacciona como san Luis. Mientras estudiamos, mientras hacemos deporte, cuando estamos en clase, cuando vamos por la calle, a la hora de comer, al meternos en la cama, y en todas las circunstancias en que nos encontramos, son situaciones en las que estamos delante de Dios, y es bueno hablar con él, decirle una jaculatoria, pedirle ayuda, pedirle consejo, comentarle, etc.

Es bueno concretarse alguna jaculatoria para repetir durante el día; la Cuaresma es un buen momento para hacerlo, porque así iremos compartiendo nuestra vida con el Señor. Alguna jaculatoria puede ser: ¡Jesús, te amo!, ¡Señor, perdóname porque soy un pecador! ¡Gracias, Señor! ¡Aparta Señor, de mí lo que me aparte de ti!... Los días anteriores ya han salido buenas ocasiones para decir jaculatorias: al ver un crucifijo, asaltar sagrarios cuando se pasa cerca de una iglesia, al hacer un sacrificio, cuando te vienen a la cabeza excusas para no mortificarte, cuando ves que actúas con la ley del gusto, al ofrecer el estudio o el trabajo...

Hablamos, de “tener presencia de Dios”, pero más bien deberíamos decir “recordar que estamos en presencia de Dios”. Al Dios nuestro, al principio, le llamaban el Dios

que ve. Quizá hayas visto en ocasiones que se le representa como un triángulo con un ojo en medio; el triángulo representa la Trinidad, y el ojo representa su cuidado constante de cada uno de nosotros.

“En la historia religiosa de la humanidad (...) Dios aparece por doquier como el ser cuyos ojos miran en todas direcciones, como la visión sin más – escribía el cardenal Ratzinger –. Esta arcaica representación queda estampada en la figura del ojo de Dios que nos es familiar por el arte cristiano: Dios es ojos, Dios es mirada. Detrás de eso se encuentra, de nuevo, una sensación primordial del hombre: éste se sabe conocido. Saber que no hay un postrer ocultamiento; que en todas partes, sin cobijo ni evasión, su vida está, hasta el fondo, patente a una mirada; sabe que, para Él, vivir es ser visto. Lo que formuló como plegaria uno de los salmos más hermosos del Antiguo Testamento articula una convicción que ha acompañado al hombre a través de toda su historia:

Señor, Tú me examinas y me conoces,  
sabes cuándo me siento o me levanto,  
desde lejos penetras mis pensamiento.  
Tú adviertes si camino o si descanso,  
todas mis sendas te son conocidas,  
No está aún la palabra en mi lengua,  
y Tú Señor, ya la conoces.

Me envuelves por detrás y por delante,  
y tus manos me protegen.  
Es un misterio de saber que me supera,  
una altura que no puedo alcanzar.  
¿Adónde podré ir lejos de tu espíritu,  
adónde escaparé de tu presencia?  
Si hubo hasta los cielos, allí estás Tú,  
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.  
Si vuelo sobre las alas de la aurora,  
y me instalo en el confín del mar,  
también allí me alcanzará tu mano,  
y me agarrará tu derecha.  
Aunque diga: “Que la tiniebla me encubra,  
y la luz se haga noche en torno a mí”,  
no es oscura la tiniebla para Ti,  
pues ante Ti la noche brilla como el día...  
(Sal 139, 1-12)”.

¡Qué bien se vive sabiéndose siempre acompañado por Dios!, ¡delante de Él!: ¡El Cristiano no conoce la soledad! El cura de Ars decía que debemos estar todo el día como el perro a los pies de su amo. Si vivimos así, si estuviésemos jugando y nos dijeren que ha llegado nuestra hora, no nos pondríamos nerviosos y, como san Luis Gonzaga, seguiríamos jugando...

*Puedes hacer un poco de examen para ver cómo vas en eso. Señor, yo quiero acordarme y decirte muchas jaculatorias durante el día: recuérdame Tú. Y Tú también, ángel de mi guarda. ¿Qué puedo hacer para recordar con más frecuencia que estoy delante de Ti? Voy a pensar algún truco para recordarlo en algunos momentos fijos del día.*

**Continúa hablándole a Dios con tus palabras, quizá repitiendo despacio el salmo 139 transcrito anteriormente, y pensando algo que te lo pueda recordar en momentos distintos del día.**

#### ORACIÓN FINAL

No me mueve, mi Dios para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte  
clavado en la Cruz y escarnecido.  
Muéveme ver tu cuerpo tan herido  
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, de tal manera,  
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;  
pues aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera.